

Dios para que deje salir de Egipto á los hebreos. «¿Y quién es ese Señor, contesta altanero Faraón, para que yo oiga su voz y me someta á sus órdenes? No le conozco.» En vano insiste el enviado de Dios confirmando la verdad de su misión con aquellas nueve plagas tan espantosas que afligen á todos los egipcios, sin causar la menor molestia á los hebreos; sólo al acontecer la muerte de todos los primogénitos parece conmoverse aquel impío monarca, y deja salir de su reino á los hebreos; pero poco después se arrepiente de haber obedecido á las órdenes de Dios, y al intentar reducir de nuevo á la esclavitud á los israelitas, encuentra con todo su ejército inesperada sepultura en el Mar Rojo. Pero ¿cómo se concibe error tan grave en Faraón? El sagrado libro del Éxodo lo explica: «Endureció el Señor el corazón de Faraón,» permitiendo tan funesta obcecación en castigo de su infidelidad y rebeldía. Execrable memoria dejó de sí para siempre Judas Iscariote, que después de haber sido elegido entre los mejores para la elevada dignidad de Apóstol, comenzó á flaquear en la fe, pervertido ya el corazón; después de haber oído durante tres años las divinas enseñanzas de Jesús, siendo en todo ese tiempo testigo dichosísimo de tantas y tan estupendas maravillas, ¿qué más se necesitaba para encadenarle con estrechos y suavísimos lazos de amor á su divino Maestro? Y sin embargo, nublada por la pasión su inteligencia, rebelóse contra las enseñanzas de su adorable Redentor, y trocado en odio el amor que en otro tiempo le profesara, decidió venderle y entregarle á sus mortales enemigos. Y á pesar de esto, el amabilísimo Jesús busca todavía para que se convierta al miserable traidor, y le llama para ablandar su endurecido pecho con el dulce nombre de amigo; pues ¿qué más había de hacer por Judas y por tantos otros, á quienes mil veces llama con avisos, tribulaciones, gracias, enfermedades, amenazas é inspiraciones de todo género? ¡Ah! Por desgracia, cuando la obstinación cubre de tinieblas el espíritu y pesa como losa de bronce sobre los corazones, preciso es, amadísimos hermanos é hijos Nuestros, que suceda lo que dice el Señor por el Profeta: «Hemos querido curar á Babilonia, y ella no ha querido sanar; abandonémosla, pues.»

No priva á estos infelices obstinados de toda especie de socorros, dejándolos imposibilitados para convertirse; sino que les niega cierta protección particular y poderosa que asegura la salvación de los fieles, limitándose á concederles gracias comunes y puramente suficientes con las cuales pudieran salvarse, pero es muy difícil que se salven. Porque algunos hay, que firmes en sus preocupaciones, en su error ó en su afición al pecado, con voluntad determinada se resisten á con-

vertirse cuando están para morir; y otros por omisión voluntaria no hacen penitencia de sus pecados. ¿Qué extraño es que por efecto de tanta negligencia y de tantos pecados después de multiplicados escándalos que han causado la pérdida de tantas almas, se cumpla en ellos aquella terrible amenaza del divino Jesús: «*Me buscareis, y no me encontrareis,*» ó por falta de sacerdote que les administre los últimos sacramentos, ó porque, permitiéndolo así el Señor, llega tarde, ó por falta de voluntad ó de disposición para convertirse?

Mucho debemos confiar, amadísimos hijos Nuestros, en la misericordia del Corazón sacratísimo de Jesús, que tantas pruebas nos da de que ardientemente desea nuestra salvación; pero preciso es que trabajemos en ésta, como dice el Apóstol, *con temor y temblor*, avivando nuestra fe en todas las enseñanzas de la Iglesia, y dando de ella expresivo testimonio en todas cuantas ocasiones se ofrecieren á mayor honra y gloria de Dios; *restaurando*, en cuanto esté de nuestra parte, *la vida cristiana en la familia* y en la sociedad, y huyendo con mucha diligencia del pecado, de conversaciones, lecturas, compañías y espectáculos peligrosos, y de todo aquello que pudiera manchar nuestra alma, ó debilitar nuestra fe. Este será eficazísimo medio para que, viviendo en medio del mundo, no nos contaminemos con sus perniciosas máximas, y conservemos limpio el corazón, en el cual constantemente reine Dios Nuestro Señor. Esto os deseamos con toda el alma, bendiciéndoos afectuosamente en el nombre del Padre, † y del Hijo † y del Espíritu † Santo.

---

Esta Carta Pastoral se leerá *inter missarum solemnium* en todas las Iglesias de este Arzobispado en los domingos de la próxima Cuaresma, distribuyéndose su lectura según se indica en el cuerpo de la misma Carta.

Se leerá también en las Escuelas y Colegios católicos en los días que elijan sus respectivos directores ó directoras, quienes ocurrirán por un ejemplar de ella á la Parroquia á que pertenecieren.

Los fieles que no pudieren oír en el templo la lectura de esta instrucción pastoral, procurarán hacerla en su propio domicilio con la sana y recta intención de adelantar más y más en el camino de la perfección cristiana.

Recomendamos asimismo á todos los fieles el que en los días Jueves y Viernes Santo y Domingo de Pascua, den alguna limosna para los *Santos Lugares de Jerusalén*, á cuyo fin los encargados de los templos

pondrán una mesa con un letrero grande que exprese ese objeto, y un colector de su confianza para recibir los donativos, que en la semana siguiente entregarán en Nuestra Secretaría.

Dada en México, firmada por Nos, sellada con el escudo de nuestras armas, y refrendada por nuestro infrascrito Secretario, á los siete días del mes de Febrero de mil ochocientos noventa y cinco, tercer año de Nuestra consagración Episcopal.

✠ *Próspero María,*

Arzobispo de México.

Por mandado de Su Señoría Ilustrísima,

*Joaquín Arcadio Pagaza,*

Secretario.

003